

# MEJORES HABITACIONES PARA EL HOMBRE EN MEXICO

*El Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México, tomando en cuenta estas ideas generales, dará las bases para que estudiantes bien preparados de las Escuelas de Arquitectura, Ingeniería y Medicina, trabajando en común, observen e investiguen directamente y resuelvan los problemas de habitación tipo y hospital mínimo, en regiones del país que serán fijadas en breve.*

LA actividad técnica orientada desde sus orígenes hasta la construcción o edificación, tiene un eterno sentido: ofrecer al hombre refugio seguro. Tiende por eso la profesión que de ella emana a construir casas para que viva, se defienda y resguarde a la comunidad de sangre más próxima a sí misma: la familia.

Urge, sobre todo en el campo, más en contacto con la naturaleza, lejos de la defensa que las diferentes formas de cultura ofrecen al hombre en la ciudad, donde todo se concentra; porque el hombre vive en los sitios alejados de los centros importantes de población amenazado todavía por los enemigos de siempre: la bestia, los elementos naturales, las enfermedades, el hombre mismo. Y todo debe tomarse en cuenta para resolver, con medios actuales y sentido moderno, el viejo y constante problema de ofrecer al hombre refugio, resguardo, descanso.

En torno a la pequeña habitación campesina, hoy como siempre, se transmite la sangre y la autoridad paternas. Ello mantiene, además, los grupos sociales que son, al fin y al cabo, los que nutren los centros de población y de cultura. Porque sobre todo en México la estructura demográfica se mantiene entre dos extremos que pueden oponerse violentamente: el campo y la ciudad. No encaja el uno en el otro; a menudo se oponen, se contradicen, en tal medida, que para ver los problemas que se refieran a la población, tan variados e importantes, tiene que considerarse lo anterior.

Más aún: nuestras ciudades viven de la sangre que dan los campos. Por ellos se renueva la población. Y no puede negarse por eso, desde luego, que en medida que se mejoran las condiciones de vida de las gentes del campo, se mejorarán las

generaciones que en lo futuro entren a las ciudades.

Sin embargo, al plantear el problema no vamos a buscar dificultades, sino a obviarlas; no a substituir un problema por otro, sino a enfocarlos todos. Debe, pues, contarse con las condiciones actuales, porque la solución tiene que ser esencialmente realista. Los mismos materiales que a través de la historia de nuestro pueblo han demostrado resistencia y nobleza, deben servir para construir mejores habitaciones. La búsqueda de otros materiales coloca en primer término un problema económico que nosotros—universitarios—podemos exponer, pero no resolver; porque la misma estructura de nuestra organización nos coloca en plano distinto de aquel en que se mueven la actividad administrativa del Estado y las fuerzas políticas concretas. No somos, por ahora, los que hemos de tratar problemas que saltan más allá de nuestras propias misiones; pero tampoco olvidarlos. Así, resultaría utópico para una solución técnica hablar de cambio de materiales en vez de tomar los dados actualmente como base para toda resolución. Los mismos materiales, pero mejor aprovechados. Ello es justamente lo que un estudio detenido puede encontrar.

Lo que a nadie se oculta, por otra parte, como cuestión de trascendental importancia, es la salud de las gentes que viven alejadas de los centros urbanos. Quizá el problema aparece difícil para la simple iniciativa individual que no podría atacarlo en virtud de sus propias limitaciones.

Pero queda la salida virgen. Consiste en apelar a la iniciativa y esfuerzo comunes. Los pueblos, los ejidos, forman una comunidad que une la tierra por dentro pero que debe atar estrechamente lo que sobre la tierra florece: la salud, la cultura, la vida mejor. Porque vamos viendo cada día que no basta con un *bien estar* si se lograra; es preciso un *mejor estar* cada vez. Tales comunidades deben ampliar su sentimiento de solidaridad y su conciencia colectiva y emplear los es-

fuerzos dispersos de los hombres en un sentido que supere la realidad. Así, como en algunas ocasiones se ha enfocado el problema de la escuela y de la educación popular, parece llegada la hora de tratar este tema vital para el país: la salud de las gentes de campo.

Puede crearse con el tiempo, el médico apropiado; entretanto, podremos atenernos al servicio social de los estudiantes y de los profesionistas; pero así como junto al maestro debe levantarse la escuela—quizá, en adelante, sea mejor al revés—junto al médico debe alzarse el hospital. Pequeño, sí, mínimo; capaz sin embargo de proporcionar alivio a la niñez enferma y hacer posible que nuestras gentes den a luz en condiciones humanas a las generaciones nuevas. Escuela, hospital, son ahora, como en otro tiempo fueron la casa de la autoridad municipal, el mercado, la plaza, los elementos en que toda comunidad debe crecer, sobre los que la vida de todos se establece. Nuestras ciudades, grandes y pequeñas, se formaban de acuerdo con la tradición castellana, creando el ayuntamiento; ahora las comunidades de tierras y los centros de campesinos deben ir completando la estructura de sus poblados.

Un esfuerzo coordinado puede dar como fruto la edificación de la casa de salud para todos.

Por ahora, la dirección inmediata de tales obras puede estar entre los más preparados, aunque no sean especialistas. Aquí debe verse colocado también el lugar para la labor social de nuestros estudiantes de ingeniería. El hospital, con un lugar para que el médico habite, encajado en las comunidades, concurrirá a resolver el problema de la salud que en países como el nuestro agravan tanto los demás; la casa tipo, mejor construida conforme a estudios detenidos, ha de colaborar a la elevación a condiciones humanas de la vida de nuestros campesinos.

Por todo lo anterior, el Departamento de Acción Social planteará a los estudiantes de las Escuelas de Arquitectura, de Ingenieros y de Medicina para que sean estudiados en los aspectos que a cada una conciernen, estos problemas concretos.

La Universidad de México coopera así a la resolución técnica de un problema apremiante, sobre todo para los profesores rurales, jefes de zonas agrarias, presidentes y directores de comunidades agrarias quienes, como más capacitados, podrán asumir la dirección inmediata de obras que los ejidatarios realicen de acuerdo con soluciones técnicas y correctas.

## PRIMERAS MAQUINAS EN MEXICO

*RAFAEL HELIODORO VALLE, espíritu polifásico: poeta, historiador, maestro universitario, periodista, representa en México —y tal vez en América— al hombre de disciplinas internas y definitivas. Sus trabajos acusan al espíritu ágil y penetrante, de quien encuentra en las letras el medio de decir las cosas a tono de conversación; de esa conversación plena de talento, porque lo identifica con sus desconocidos interlocutores y porque descubre nuevos mundos en miniatura...*

Por RAFAEL  
HELIODORO  
VALLE

LA máquina fue conocida por el arquitecto que levantó pirámides y alzó teocalis en el México antiguo. Pero la máquina compleja, estructural, en plenitud de función social, fue traída de Occidente: se puede afirmar que el hombre precortesiano desconoció la polea egipcia, a pesar de que fabricaba cordeles y levantó muros magníficos, construyó explanadas y dió a la madera una solidez que los españoles tuvieron que imitar en los cimientos de las ciudades formales, de las casas que son lujo de aquella arquitectura doméstica y de los templos que plantearon problemas de planificación.

Las primeras máquinas occidentales en México fueron los barcos que anclaron en Veracruz

y los que poco después serían echados al agua para el asedio de Tenochtitlán. Bernal Díaz proporciona datos épicos al referirse al puente portátil que Cortés mandó construir cuando abandonaron la metrópoli de Moctezuma en la Noche Triste:

"Y diré cómo se dió luego orden que se hiciese de maderos y tablas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenían quebradas, y para ponerlas y llevarlas y guardar el paso hasta que pasase todo el fardaje y el ejército", etc. (1)

(1).—Bernal Díaz, I, 428.